

## CAPITULO XVII.

Podemos tender las velas,  
 Sabiendo ya adonde vamos,  
 Levantar el ancla, y marchar  
 La sonda siempre en la mano,  
 Y dirigiendo el timon;  
 Pues está ya averiguado  
 Que estan llenas estas costas  
 De peligrosos peñascos,  
 Que, aunque á la vista se ocultan,  
 Han visto muchos naufragios.

*El Naufragio.*

DURANTE el corto intervalo que pasó entre la audiencia y la sesion del consejo privado, tuvo tiempo Leicester de reflexionar que acababa de poner el sello á su destino. — Era imposible, decia entre sí, que despues de haber atestiguado, en presencia de quanto la Inglaterra tenia de mas ilustre, aunque en términos vagos, la declaracion de Varney, se permitiese á sí mismo contradecirle ó desmentirle, sin esponerse no solamente á caer del favor de que gozaba en la corte, sino á incurrir en el resentimiento personal de la

reina, que no le perdonaria haberla engañado, y sin hacerse el objeto del desprecio y mofa de su rival y de todos sus paniaguados. Todos estos peligros tan ciertos se amontonaron al mismo tiempo en su ánimo, mientras estaba amedrentado por otra parte en vista de las dificultades que encontraria en guardar un secreto que no podia divulgarse ya sin derribarle del poder, y sin herir cruelmente su honor. Se hallaba en la situacion de un hombre que camina sobre un hielo que va á quebrarse, y que no tiene mas medio de salvarse de una caida que el de seguir adelante con paso firme y resuelto. Era pues entónces indispensable mantenerse á toda costa en el favor de la reina, por el que habia hecho tantos sacrificios: esta era la única tabla en que podia salvarse del naufragio. Preciso era tratar, no tan solamente de mantenerse en el favor de Isabel, sino de anclarse en él con mas fuerza que nunca. Era necesario ser su favorito, ó consentir en la pérdida de su honor y su fortuna. Todas las demas consideraciones debian echarse por el momento á un lado, y procuró desterrar de su memoria la imagen de Amy, que se presentaba á su pesar, diciendo que tendria en lo sucesivo tiempo de pensar en los medios de salir del laberinto en que se habia metido, pues el piloto que vé



que Scyla amenaza la proa de su navío, solo piensa en evitarla, y no en los peligros mas remotos que tambien le presenta Caribdis.

Estos eran los pensamientos que ocupaban el ánimo de Leicester al ir á tomar su plaza acostumbrada en el consejo privado de Isabel, y que le acompañaron despues durante su paseo en el Támesis; y jamas desplegó con mayor ventaja sus talentos, ya sea como político de primer órden, ya como un perfecto cortesano.

Sucedió pues que se trató en el consejo privado de los asuntos de la desgraciada Maria, reina de Escocia, que se hallaba entónces en el año séptimo de su cautiverio en Inglaterra. Sussex y algunos otros hablaron con calor y fuerza en favor de la desventurada princesa, é hicieron valer todos sus derechos con un ardor, que, aunque respetuoso y moderado, no era del todo agradable á los oidos de la reina. Leicester abrazó la opinion contraria con tanto fuego como elocuencia, y representó la necesidad de continuar teniendo á la reina de Escocia en una rigurosa detencion, como una medida necesaria para la seguridad del reino, y con particularidad para la de Isabel, de cuya sagrada persona, dijo, el menor cabello de la cabeza debia ser un objeto mas precioso y mas interesante que la

vida y la fortuna de una rival que, despues de haber elevado pretensiones tan vanas como injustas al trono de Inglaterra, era todavía entónces, en la prision misma, la base constante sobre la que reposaban todas las esperanzas de los enemigos de Isabel, asi interiores como exteriores. Concluyó pidiendo le escusasen, si acaso el celo le habia llevado demasiado léjos; pero la seguridad de la reina era un asunto que le sacaba siempre fuera de los límites de su moderacion ordinaria.

Isabel le reprendió, con mucha dulzura, sobre la demasiada importancia que daba á lo que la concernia personalmente. Confesó no obstante que, pues habia querido el cielo unir sus intereses á los de sus súbditos, creia hacer únicamente su deber cuando la obligaban las circunstancias á tomar medidas dictadas por el cuidado de su propia seguridad. Se lisonjeaba de que, si pensaba el consejo que exigia la prudencia prolongar el cautiverio de su infeliz hermana de Escocia, no llevaria á mal suplicase á la condesa de Shrewsbury la tratase con todas las consideraciones que fuesen compatibles con la necesidad de velar sobre su persona. Y despues de haber anunciado asi su voluntad, levantó la sesion.

Jamas se vió ahinco semejante de ponerse



en hileras para dejar pasar al conde de Leicester, como cuando atravesó las antecámaras llenas de una multitud de cortesanos, al salir del consejo privado: jamas habian gritado los porteros en voz mas alta: ¡Plaza, plaza al noble conde! jamas habian obedecido á estas voces los cortesanos con mas prontitud ni con mas respeto; jamas un número mayor de ojos se habian dirigido á él con la esperanza de obtener una mirada de proteccion, una simple señal de que eran conocidos, miéntras el corazon de muchos de sus humildes partidarios latia entre el deseo de darle sus enhorabuenas, y el temor de parecer demasiado atrevidos dirigiendose en público á un hombre de su rango. Juzgaba toda la corte que la audiencia de aquel dia, audiencia que se habia aguardado con tantas dudas é inquietudes, habia proporcionado un triunfo decisivo á Leicester, y miraba como indudable que el satélite, su rival, si no estaba enteramente oscurecido por su resplandor, haria en adelante sus evoluciones en una esfera mas separada del sol. Asi pensaba la corte; y los cortesanos, desde el primero hasta el último, obraban en consecuencia.

Por otra parte, jamas Leicester habia correspondido con mas complacencia y agrado á las saluciones que se le dirigian de ámbos lados; jamas habia conseguido tan bien, por

emplear la espresion de alguno que en aquel momento no estaba muy léjos de allí, dorar la opinion pública por su cuenta.

Para todos tenia una inclinacion de cabeza, ó una sonrisa, ó una frase agradable, y las distribuia por la mayor parte entre cortesanos cuyos nombres han desaparecido tiempo ha bajo las aguas del río del olvido; pero tambien las dirigia algunas veces á seres cuyo nombre suena de un modo estraño á nuestros oidos, cuando nos los representamos como ocupados en los asuntos diarios de la vida, en vista de la prodigiosa elevacion á que los ha llevado el reconocimiento de la posteridad. He aquí algunas de las frases que solia decir al paso.

— ¡Ahí está vm., Poynings! ¿como estan su muger de vm. y su linda señorita? ¿por que no vienen á la corte? La demanda de vm., Adams, no es asequible; la reina no quiere ya acordar privilegios exclusivos, pero en otra ocasion podré servir á vm. Mi querido Aylford, el pleito de la ciudad, relativo á Queenhithe, se activará cuanto sea posible á mis esfuerzos y crédito. Señor Edmundo Spencer, quisiera poder apoyar el memorial de vm., por amor á las Musas; pero ha lanzado vm. furiosos sarcasmos contra el lord tesorero.



— Milord, respondió el poeta, si me fuese permitido explicarme.....

— Venga vm. á verme en mi casa, Edmundo, no mañana, ni pasado, sino cuanto ántes. ¡ Ah! ; William Shakespeare! ; William el loco! preciso es que hayas dado á mi sobrino Felipe Sidney polvos simpáticos, pues no puede acostarse sin tener bajo su almohada tu *Venus y Adónis*. Te he de ahorcar como al hechicero mayor de Europa. Pero ¡ ah! no me olvido de tu pleito con los osos, no le descuidaré.

El cómico le saludó respetuosamente, el conde bajó la cabeza, y pasó adelante. Asi es como se hubiera hablado en aquel siglo; en el nuestro, pudiera decirse que un inmortal habia rendido homenaje á un hombre.

En seguida dirigió el favorito la palabra á uno de sus mas celosos partidarios, que le saludó muy risueño y satisfecho. — Sir Francisco Denning, le dijo, ese buen humor ha aeortado á vm. su rostro un tercio desde que le ví á vm. esta mañana. ; Que tal, señor Bowier! ; por que se retira vm.? ; cree vm. que le guardo rencor? No ha hecho vm. esta mañana sino lo que debia; y si me acuerdo alguna vez de nuestro altercado, será tan solo para favorecer á vm. con ese motivo.

Vió el conde entónces que se acercaba á él,

rebosando reverencias, un personage con un estraño vestido de terciopelo negro, festonado y guarnecido de raso liso carmesí. Tenia en la mano la gorra de terciopelo con una pluma de gallo, llevaba un cuello enorme, tieso á fuerza de almidon, lo que agregado á una fisonomía viva y presuntuosa, anunciaba un ser lleno de amor propio y muy tonto, al paso que la vara que llevaba en la mano y su aire de importancia daban á conocer que se hallaba revestido de algun empleo que le llenaba de orgullo. Eran sus mejillas secas y cóncavas; tenia una nariz afilada de color de tomate, señales todas de un borrachon, y se acercó al conde con grande desfachatez.

— Buenos dias, señor Roberto Laneham, dijo el conde pasando y deseando librarse de semejante ente.

— Tengo que presentar una demanda á vuestra señoría, dijo Laneham siguiendole resuelto.

— ; Y cual es, señor guarda de la puerta de la cámara del consejo?

— Es decir *custodio* de la puerta de la cámara del consejo, dijo Laneham con énfasis.

— Dale á tu empleo el título que te dé la gana. ; Que es lo que quieres?

— Solo que vuestra señoría se digne per-



mitirme que vaya como los otros el primer día al soberbio castillo de Kenilworth.

— ¿Y á que efecto, Laneham? ¿Crees que debo tener allí una compañía muy numerosa?

— No tan numerosa que vuestra señoría no pueda ceder una pequeña alcoba á su antiguo servidor. Por otra parte, milord, es posible que se reuna allí el consejo, y en tal caso esta vara será necesaria para poner modo á esos curiosos que van á escuchar por las cerrajas y rendijas de las puertas, si las encuentran. Mi vara es tan indispensable en el consejo como un quitamoscas en el mostrador de un carnicero.

— Tu comparacion honra al consejo, pero no trates de justificarla. Sea enhorabuena: paso por ello, vente á Kenilworth, si te acomoda. No me faltarán locos, y tú podrás tambien entrar en la danza.

— Si hubiere allí locos, milord, tendré mas diversion. Me gusta divertirme con un loco, tanto como á un lebrel correr tras una liebre. Pero tengo que pedir á vuestra señoría otro favor.

— Esplicate luego; tengo que irme, la reina va á salir.

— Quisiera llevar conmigo, milord, una compañera de cama.

— ¿Que es lo que dices? ¿no tienes vergüenza?

— Es como Dios manda, milord, y sin escándalo. Tengo una muger tan curiosa como su abuela que comió la manzana. Y como no puedo en términos regulares llevarla conmigo, porque las órdenes de su magestad prohíben con rigor á todo empleado que sus mugeres les sigan en los viages de la corte, por ser muebles embarazosos, es preciso valerme de algun espediente. Lo que deseo obtener de vuestra señoría es introducirla con algun disfraz, de modo que represente algun papel en las fiestas, con cuya máscara ninguno llegará á sospechar que es mi muger.

— ¿Que el diablo cargue con ella y contigo tambien! dijo Leicester perdiendo la paciencia por los recuerdos que este discurso le renovaba. ¿Para eso me detienes? ¿para asesinarme con tus impertinencias?

El custodio de la puerta de la cámara del consejo, amedrentado con este acceso de cólera tan repentino, dejó caer su vara, y fijó en el conde sus ojos espantados, lo que hizo á Leicester entrar en sí mismo.

— Quería solamente ver si tienes la audacia que conviene á tu empleo, le dijo en tono mas dulce: vete á Kenilworth, y lleva contigo si quieres al diablo.



— Mi muger representó el papel de diablo, milord, en un auto sacramental en tiempo de la reina María; pero nos faltaria alguna cosa para vestirla con propiedad.

— Toma este doblon, y dejame en paz: oigo el sonido de la campana.

Roberto Laneham le miró aun con sorpresa, y bajandose á coger el signo de su dignidad porteril, dijo para su capote: — El noble conde está hoy de maldito humor, pero los que dan monedas de oro tienen derecho á exigir de los hombres de talento que cerremos los ojos para no ver sus tonterías y sus caprichos; pues, á fé mia, si no pagasen para obtener gracia, los pondríamos como nuevos y les quitaríamos el pellejo.

Al mismo tiempo Leicester atravesaba las habitaciones del palacio, dejando á un lado las ceremonias y cortesías que habia prodigado; y saliendo de las que estaban abiertas al público, se detuvo en un salon para entregarse á sus reflexiones á solas un rato.

— ¿En que he venido yo á parar, decia, para que los vanos discursos de un loco, de un miserable mentecato, hagan en mí semejante impresion? Conciencia, eres un perro perdiguero á quien el ruido de un ratoncito despierta como el rugido de un leon. ¿No podré yo, dando un paso atrevido, salir de

un estado tan incómodo, tan penoso? Echandome á los piés de Isabel, confesandole todo, pidiendole perdon....

Miéntras hacia esta última reflexion, se abrió la puerta, y entró Varney con precipitacion buscandole.

— Gracias á Dios, milord, dijo, ¡que le encuentro á vm. al fin!

— Di mas bien gracias al diablo, á quien sirves de agente de negocios.

— Gracias á quien vm. quiera, milord, pero no perdamos tiempo. La reina está á bordo, y pregunta donde está vm.

— Ve á decirla que me he desmayado ahora mismo, pues mi cabeza, por vida de sanes, no puede resistir mas.

— Muy bueno es eso, dijo Varney con una amarga sonrisa, cuando ni vm., ni yo que en calidad de primer caballero debia seguir á vm., tenemos ya asientos en la barca de la reina. Al venir de prisa en busca de vm. á palacio, he oido que llamaban al nuevo favorito Walter Raleigh, y á nuestro amigo antiguo Tresilian, para darselos.

— Eres un demonio, Varney, respondió Leicester levantandose de prisa, pero me dejaré persuadir por esta vez: allá voy.

Nada respondió Varney, le mostró el camino, pasó delante de él sin ceremonia, salió



de palacio, y se dirigió al Támesis, siguiéndole su amo maquinalmente. Habiendo vuelto la cabeza para ver si le seguía, se detuvo, y le dijo con tono familiar, y aun casi con autoridad:

— ¿Que diablos es esto, milord? se le cae á vm. la capa por un lado, desabotonado el vestido; permitame vm....

— Dejese vm. de eso, señor, dijo el conde con seriedad; cuando dé á vm. mis órdenes, tendrá vm. tiempo de ejecutarlas, y hasta entonces ocupe vm. la plaza que le corresponde. Y pasando por delante, fuése ácia la orilla del agua.

La barca de la reina iba ya á partir, y estaban ocupados los sitios destinados en la popa para Leicester, y para su caballerizo en la proa. Pero cuando llegó el conde, los remos quedáron suspensos, porque conocieron los marineros que iba á verificarse alguna mudanza en la colocacion de las personas con este motivo. El gesto de la reina anunciaba su descontento, y el tono frio á que recurre un superior para ocultar la agitacion interior á aquellos á quienes no puede darla á conocer sin faltar á su dignidad; le dirigió estas frias palabras:— Hemos aguardado á vm., milord.

— Graciosa soberana, respondió Leicester, pudiendo perdonar tantas flaquezas que

es son desconocidas, ¿negaréis toda conmiseracion á las emociones de un corazon cuya agitacion se comunica al cuerpo y al alma? Me he presentado esta mañana ante vuestra magestad acusado como un reo; vuestra bondad ha penetrado por entre las nubes de la difamacion, me ha vuelto mi honor, y lo que es para mí mucho mas precioso todavía, su favor: no es pues estraño, por mas desgraciada que sea esta circunstancia, que mi caballerizo me haya encontrado en una situacion que apénas me dejaba la fuerza necesaria para poder llegar hasta aquí, en donde una mirada de vuestra magestad, aunque ¡ah! irritada, ha podido hacer conmigo lo que Esculapio mismo hubiera intentado en vano.

— ¡Que! dijo Isabel mirando ácia Varney, ¿se ha desmayado milord?

— No se ha desmayado enteramente, contestó el redomado Varney, pero he hallado muy débil, y en un estado cual lo demuestra el desórden que se nota en su vestido. Por otra parte, milord ha venido tan de prisa que no he podido remediarlo como hubiera deseado.

— Nada importa, dijo Isabel mirando las nobles facciones del conde, realzadas por el colorido estraño de las pasiones que acababan de agitar su ánimo. Entre vm., milord, entre vm., ya le harémos á vm. lugar por aquí. En



cuanto á vm., señor Varney, puede vm. pasar á otra barca.

Hizo un saludo Varney, y se retiró.

— Y vm. tambien, añadió mirando á Raleigh, señor caballero de la capa, es preciso que vm. se retire. Irá vm. á la barca de nuestras damas de honor; pues, en cuanto á Tresilian, le ha hecho ya padecer bastante el capricho de las mugeres, para que queramos hacerle salir de aquí.

Leicester entró en la barca de la reina que, cambiando algun tanto la distribucion de los asientos, le hizo lugar á su lado. Raleigh se levantó, y Tresilian hubiera sido capaz tal vez de ofrecer el suyo á su amigo, si una mirada de Walter, que se hallaba en la corte como en su elemento propio, no le hubiese hecho conocer que la reina se ofenderia quizá de que mostrase tan poco anhelo de aprovecharse del primer favor que le habia acordado. Quedó pues sentado sin decir nada, mientras Raleigh, saludando profundamente á Isabel, se disponia á salir de la barca no muy contento.

Un jóven cortesano muy galan, lord Willoughby, creyó ver en el semblante de la reina algo que anunciaba la compasion y pesar que le causaba la verdadera ó fingida mortificacion del jóven Walter.

— Los viejos cortesanes, dijo risueño, no

debemos privar á los jóvenes del resplandor del sol. Con el beneplácito de S. M. me privaré por una hora de lo que sus súbditos aprecian mas, de la dicha de gozar de su presencia, y me mortificaré contentandome con la luz de las estrellas, mientras pierda por algunos momentos la vista de Diana en toda su gloria. Pasaré á la barca de las damas de honor, y cederé á ese jóven caballero una hora de felicidad.

— Si consiente vm. en dejarnos, milord, le dijo la reina entre chanzas y veras, preciso será que nos conformemos y nos privemos de su compañía. Pero, aunque se diga vm. viejo cortesano, no le confiaremos el cuidar de nuestras damas de honor. La edad venerable de vm., añadió con una maligna sonrisa, simpatizará mas bien con la de nuestro tesorero mayor que nos sigue en la tercera barca, y cuya esperiencia puede aun servir á vm. de provecho.

Lord Willoughby trató de ocultar con una sonrisa su disgusto, saludó á la reina, y fué á colocarse en la barca de lord Burleigh. Leicester, que procuraba separar su ánimo de toda reflexion interior notando lo que pasaba á su lado, no dejó escapar esta ocasion de divertirse un momento. Pero cuando la barca se alejó de la orilla, cuando los músi-



cos, colocados en otra, hubieron comenzado á tocar sus instrumentos, cuando se oyeron las aclamaciones del pueblo que cubria las dos orillas del Támesis, y le recordó todo eso la situacion en que se hallaba, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, reconcentró todos sus pensamientos en la necesidad de mantenerse en el favor de la reina, y desplegó con tan buen éxito los medios de agradar que habia recibido de la naturaleza, que Isabel, hechizada con su conversacion, pero cuidadosa de su salud, le ordenó al fin risueña que callase por algunos minutos, para que no le hiciese daño una conversacion demasiado animada.

— Milores, dijo ella entónces, habiendo dado contra Leicester un edicto que le condena al silencio, os pedirémos vuestros consejos sobre un asunto mas propio de discutirse en medio de la alegría y de los instrumentos de música, que entre la gravedad de otros asuntos ordinarios. ¿Conoce alguno de vms. á Orson Pinnit? ¿Han leído vms. su memorial, que firma en calidad de guardian, segun él se califica, de nuestros osos reales? ¿Quien le prestará su apoyo?

— Par diez, dijo el conde de Sussex, con el permiso de vuestra magestad, yo. Orson Pinnit era un valiente soldado ántes que los

sables del clan de Mac Donough le hubiesen puesto fuera de combate en Irlanda; y espero que vuestra magestad continuará siendo lo que ha sido siempre, la protectora de sus fieles servidores.

— Esa es seguramente nuestra intencion, dijo la reina, y sobre todo cuando se trata de nuestros pobres soldados y marinos que esponen su vida por una corta paga. Daríamos nuestro palacio, añadió con viveza, para hacer de él un hospital para ellos, ántes de sufrir que nos miren en ningun tiempo como á una ama ingrata (1). Pero no se trata ahora de nada de eso; y despues de haberse entregado á esta efusion de patriotismo, continuó diciendo en el tono alegre de la conversacion: El memorial de Orson Pinnit pica mas alto; se queja de que, gracias al gusto que empieza á tomar el público por los espectáculos, y sobre todo á la especie de furor con que acude al teatro en que se representan los dramas de un tal William Shakespeare, cuyo nombre no debe ser á vms. desconocido, milores, la diversion varonil del combate del oso cae comparativamente en descrédito; porque

(1) El palacio de Greenwich se ha convertido en efecto en hospital de los marinos, en el reinado de Guillermo y María. (*Nota del Traductor.*)



quieren mas ver como esos bribones de cómicos fingien matarse, que presenciar un combate serio y verdadero en que se despedazan nuestros perros y nuestros osos reales. ¿Que dice vm. acerca de eso, lord Sussex?

— A fé mia, señora, respondió el conde, de suponer es que un veterano como yo no podrá decir gran cosa en favor de los combates fingidos, si se trata de compararlos con los verdaderos; y sin embargo no dejo de estimar á Shakespeare, es un juglar vigoroso; aunque dicen que es cojo, maneja el garrote con destreza, y peleó con grande valor contra los guardas del viejo sir Tomas Lucy de Charlecot, cuando se introdujo en su parque á cazar gamos, y á abrazar á la hija del portero.

— Aunque vm. perdone, milord, dijo Isabel, se ha tratado de ese asunto en el consejo, y la hija del portero no tomó cartas en eso, ni queremos que se exagere la falta de ese pobre diablo. Pero ¿que dice vm. de sus dramas, de su teatro, de su habilidad en la declamacion? porque ese es el punto de la cuestion, y de ningun modo se trata de sus antiguos errores, de sus cazas en un parque, ni de otras locuras que vm. le atribuye.

— Por cierto, señora, que ningun mal le deseo á ese loco. He oido algunos versos suyos, y me ha parecido encontrar en ellos algo

de marcial y caballeresco. Pero solo es eso hojarasca, espuma, y nada de sustancia, nada de serio, como vuestra magestad ha notado muy bien. ¿Que interes puedo yo tomar por media docena de bribones, armados de espadas mohosas y de escudos de hojalata, que solo dan el simulacro de una batalla, en comparacion del noble espectáculo del combate del oso? espectáculo que ha sido honrado con la presencia de vuestra magestad y con la de sus ilustres predecesores, en este hermoso reino famoso en toda la cristiandad por sus mastines incomparables, y por el talento de las gentes que tienen por oficio el instruir y adiestrar los osos para el combate. Se debe temer mucho que estas dos razas degeneren, declinen, se aniquilen, si las gentes dan en preferir las ociosas declamaciones de un histrion, en lugar de fomentar la mas bella imágen de la guerra que puede ofrecerse en tiempo de paz, es decir el combate del oso. Allí se vé al oso ponerse á la defensiva, con los ojos encendidos, como un capitan astuto para obligar á su enemigo á que venga á atacarle en sus mismos reales. Entónces sir mastin se abalanza en la carrera, y coge al lord Bruin por el pescuezo; pero este le enseña cual es el pago de los que en tiempo de guerra desprecian, por exceso de valor, las precauciones que dicta la pru-